

presentan el triunfo de la libertad humana sobre todas las tiranías seculares é históricas.

Representemos el mundo que se va, el Oriente antiguo, en una mujer, en Atossa. Casualmente por ella, por su influjo, el mundo asiático se revolvió contra el mundo griego, quedando la victoria de la parte de este último, que representaba con tan múltiples timbres al género humano y al humano progreso. Atossa fué hija de Ciro, el fundador de tan vasto imperio como el persa; esposa de Darío, el vencido en Maratón; madre de Xerxes, el vencido en Platea y Salamina. Mujer de Persia por su origen y por su nacimiento, es mujer de Grecia por haberla tallado en su mármol pentélico aquel buril del titán Esquilo, forjado en las primeras llamas del pensamiento. Esquilo, cuyo genio parecía por los resplandores despedidos de su luz y por la vida despertada por su calor en todo á la centella divina robada por Prometeo del cielo y puesta como un astro sobre la frente del hombre. Esquilo, el primer trágico griego, ha presentado, por uno de los milagro, al genio tan sólo concedidos, una feliz mezcla del amor maternal como debían sentirlo en todos tiempos las entrañas de una mujer griega y de la soberbia verdaderamente asiática, tal como debía experimentar la una Reina de Persia. Estatua inmensa, levantada entre la poesía épica y la poesía dramática, el corte de tan sublime poeta, que nos ha trazado la imagen de Atossa, como tiene mucho de los tiempos hieráticos y de los tiempos humanos, tiene mucho también del Asia que se va y de Grecia que se acerca. Soldado ilustre de las guerras médicas, debe consagrarles su pluma cual les ha consagrado también su espada. Y en los fragmentos salvados hoy de su obra inmortal se descubre con toda la grandeza del suceso que menciona, toda la grandeza del genio que lo canta. No busquéis en Esquilo aquel interés dramático encontrado en sus dos ilustres y perfectos sucesores, Sófocles y Eurípides; el drama intrincadísimo é interesante no existe ni puede existir todavía en los tiempos del grandioso titán; porque el arte y la ciencia están á la evolución universal tan sometidos como el espíritu y la naturaleza, Genio épico por excelencia el genio de tan grande poeta; sus dramas parecerán fragmentos ciclópeos de cíclicos poemas. No habrá en ellos el nudo trágico, ni el argumento curioso de las tragedias posteriores, pero habrá un soplo creador como el que anima con su espíritu al universo y como el que los astros enciende con su luz. Esquilo parece un profeta hebreo que ha puesto en diálogo las sublimes profecías de su religión y de su patria. Por esto mismo la pobreza del argumento dramático se halla compensada con la hermosura del estro lírico y con la fuerza épica y sublime verdaderamente. Los persas del gran poeta pueden llamarse una verdadera colección, ó autología, de versos consagrados á las guerras médicas, muchos de ellos tan sublimes como los que inspiraran aquellos mismos sucesos á poetas cual Simónides y Píndaro. Mas estos dos cantan el Himno de la libertad, sobre todo el primero, por encargo de su pueblo, mientras lo canta Esquilo después de haber tomado en la pelea parte, vibrándole los labios y la espada.

La escena pasa en Susa. El palacio de los Reyes persas, brilla como una ciudad inmensa en donde se reunen y congregan todos los representantes de las sociedades babilónicas. En el foro, se descubre la tumba de Darío, cuya sombra representa en este viejo drama, mucho de lo que representa la sombra de su padre, para Hamlet, en el drama de Shakespeare. Al iniciarse tan grande acción, el coro señala en sus estancias maravillosas la presencia en aquel sitio de una cohorte ó legión llamada de los fieles ó adictos, la cual cohorte ó legión tiene por objeto gobernar el imperio en ausencia de su dueño y conservarle sumisos desde los esclavos hasta los dioses. Hanse partido los héroes más ilustres y quedádose como viudas, las hermosas mujeres persas. Por todas partes, en aquel sitio, donde antes hervían y resollaban los placeres, óyense ahora lloros de huérfanos, lamentos de viudas, porque no ha quedado ningún Rey en su trono y ningún general en su cuartel, idos á una en pos del triunfo á Grecia. La tierra, bajo el peso de sus armamentos, ha gemido y estremecidose como de terror. El mar se ha cubierto con la sombra de sus velas. No ha sido un ejército el que ha marchado, no; ha sido un pueblo entero. Mas el persa no maneja sino el arco, mientras el griego vibra lanza de hierro, semejante á un eléctrico rayo del cielo; el persa pertenece á la estirpe de los súbditos y el griego pertenece á la dignidad de los ciudadanos; el persa lleva consigo cien naciones varias, desde los que beben las aguas del Oxo, hasta los que beben las aguas del Nilo; mientras los griegos se componen de una confederación en la cual entran solamente los Jonios y los Dorios; razones todas por la que reina en aquel momento una grande inquietud en los senos de Susa, y temen los fieles y adictos, pueda caer sobre su frente y apenar su vida una gran desgracia. En medio de tales temores, carro de oro aparece y en él mujer semejante á sobrenatural diosa brilla, ornada con todos los atributos de la majestad regia. El carro es una sede imperial y la mujer Atossa. Los lamentos oídos, lamentos sobrenaturales que se dirían exhalados por la sombra de los progenitores persas, la traen al sitio donde se reunen los fieles y le sugieren preguntas en las cuales palpitan la inquietud y el sobresalto. Atossa no puede menos que sentir allá en su alma, la punzada terrible de un remordimiento agudo, porque, feliz su hijo y soberano Xerxes en el trono de Asia, bien hallado con su dominación y poderío, no intentaba sacudir aquel sueño voluptuoso ni entrar en guerra ninguna, cuando ella, su madre, de la real sangre persa, hija de Ciro, esposa de Darío, le movió á nuevas conquistas y lo empeñó en la tremenda lucha.

Así ocurre á su ausencia y provee á las necesidades generales de su imperio como pudiese una verdadera Semíramis. Delante de las riquezas aglomeradas por el curso de las edades y por el golpe de las conquistas en aquellos palacios asiáticos, experimenta cierta inquietud material su reina, pensando cuánto hace que le faltan las miradas pródidas y los cuidados seguros de su dueño y señor. En tal estado y situación de ánimo innumerables sueños asaltan su alma y le describen como de relieve la mar y la tierra de Jonia con

las armadas y las legiones de Xerxes. Mas, entre tantos ensueños, envíos indudables de los dioses, secretos rotos de las cosas, augurios y presagios de los tiempos, uno ha fijado especialmente su atención soberana. Dos mujeres, dos hermanas, á cual más bella, se le aparecieron tras los cerrados párpados, en las incertidumbres del insomnio parecido á un crepúsculo que mezclara luces con sombras, sopores con vigias. Una de aquellas mujeres llevaba túnica de roja púrpura y corona de luciente oro como las persas, mientras llevaba la otra el traje de lino y la corona de adelfa, que distinguen á las mujeres dorias. La emperatriz oriental reconoció en ambas hembras, al considerarlas hermanas, un parentesco de sangre aria entre iranos y helenos, que pudo adivinar por entonces con sus intenciones proféticas el arte y que ha confirmado la historia después con sus reveladoras experiencias. Un litigio intelectual se trabó entre las dos mujeres y Xerxes quiso resolverlo, atándolas con correas idénticas de las que ciñen á las siervas, atándolas en su trono de oro y en su carro de guerra. La mujer oriental ó pérsica lleva el freno glorioso que le ha puesto su monarca, no sólo con paciencia, con gusto; pero la doria, encabritándose como una yegua indómita y rompiendo con sus dientes un freno que no ha querido tascar, derriba carro de guerra y trono de oro por el suelo. A este presagio Atossa creyó de su deber una inmediata práctica de las ceremonias dispuestas por las liturgias antiguas, para conjurar los presagios adversos. Y mientras bajo un arbusto sagrado, al borde claro de una fuente mágica, se lavaba las manos para presentar sobre los altares las ofrendas y sobre las aras los toros, un águila cayó de golpe sobre la cabeza del santuario consagrado al sol, y cuando el águila parecía enseñorearse, como reina en solio, de aquel sitio; cruel milano la sorprende, la agarra entre sus uñas, la ciega primero, la trucida luego, esparce á los cuatro vientos su cuerpo en pedazos que chorrean sangre, difundiendo así, con tales signos de horror, el siniestro anuncio de una inmediata catástrofe.

Los adivinos se reúnen á tal presagio y aconsejan libaciones sacras que impidan ó alejen su cumplimiento inmediato. Hechas éstas, Atossa quiere indagar por sí misma las resistencias que puede ofrecer á su hijo una ciudad como Atenas. Corto su ejército, escasos sus recursos, estrecho su territorio, pocos en fuerza y número aunque los escudos tras cuya resistencia se guarecen y las lanzas con cuyos filos combaten les ofrezcan grandes recursos, no está, no, aquí el secreto de su particular índole y carácter, está en que ningún Rey conocen que los mande como general en su ejército, ni de ningún mortal son ellos, no ya esclavos, pero ni siquiera súbditos. Esta particularidad, que debía conmover profundamente á la Reina persa, mostrándole donde se hallaba la razón del seguro laurel que iban á recoger en las riberas de Salamina y en las llanuras de Platea los griegos, verdaderos hombres libres, la cegó como ciegan siempre á la razón pura las supersticiones sombrías. Nacida en Asia, tierra de las castas; educada en religiones donde las estirpes de jerarquías enormes se levantan sobre las espirales de privilegios enormes también; hija

de un conquistador que había encerrado las razas y las gentes en su Imperio como se recluyen en corrales y apriscos los ganados; esposa y madre de conquistadores también; acostumbrada, para que la sigan y la obedezcan, á tener el sacerdote á un lado y el verdugo á otro, ante sí la muchedumbre de todos los ejércitos, tras sí la muchedumbre de todos los dioses, el palacio-templo por vivienda, el trono-altar por sede y el cielo por cómplice, no puede comprender que los enjambres tengan monarca en sus colmenas y no lo tengan los hombres en sus ciudades, por lo cual cree la cuitada, ignorante de la libertad y del derecho, que la derrota será con quienes carecen de la monarquía y están por ende faltos de dirección y de defensa. El coro antiguo, que representa siempre allí en el teatro griego una conciencia colectiva, superior á los individuos, viene con oportunidad, en el momento de darse la Reina con ardor á sus insensatas esperanzas, recordándole como tampoco tenían Rey, tampoco aristocracia, tampoco generales designados por los privilegios del nacimiento, cuando allá en los campos de Marathon vencieron al esposo de Atossa, Dario, encerrando en esta victoria un precedente quizás para vencer hoy á Xerxes.

Aun el coro no ha concluido en sus magníficas sentencias de asegurar esto, cuando ya un mensajero llega desalado al palacio, gimiendo sin tasa y sin medida en su dolor, al contar desesperado á los objetos mismos sin animación y sin vida el triste caso que acaba de acontecer á las ciudades de Asia, resplandecientes no ha mucho como estrellas en la noche y viudas ahora de sus heroicos esposos, pues la flor de los persas se ha helado como la flor del almendro en sus brotes prematuros, y las naves de los persas se han sumergido en lo profundo como piedras, porque los arcos no han bastado á contrastar las lanzas, y la grande monarquía del Asia se ha destrozado al choque tremendo con las diminutas repúblicas de Europa, cual una sólida roca enorme que se derrumba y se deshace al abrazo de una ligera y vaga ola coronada por tenues espumas. Mientras el mensajero llenaba los aires de aquellos palacios con sus sollozos, que iban á herir las viejas divinidades mismas sobre sus aras, Atossa, pálida, muda, semejante á funeraria estatua, le preguntaba por el nombre de los muertos, sin atreverse á oír que pudiera encontrarse por algún modo su Xerxes, su hijo, entre ellos, cuando el infortunio debía preservarle su propia dignidad y los favores celestiales. El mensajero, comprendiendo á las claras todos los motivos que tenía la Reina de los persas para no preguntarle por el fruto de sus entrañas, la serenó diciéndole cómo Xerxes vivía, pero entre cadáveres, entre sombras, tendido sobre las tablas de sus naves destrozadas y sobre los despojos de sus rotas desgraciadísimas. El Rey, jefe de diez mil ginetes, cayó en las escarpadas rocas de Silenia, rodó el heroico Dadaces de una lanzada desde los riscos á los mares; los héroes de la vieja Bactria se hundieron en las hondas que lamen la isla de Aya; el nubio que venía desde las fuentes del Nilo á las riberas de Grecia, y que semejaba un genio de la noche, se desvaneció como sombra; pasaron cual pasan las nubes los treinta mil caballeros de Matallo; los sacerdotes, como

Artames y Arabo, destilaron sangre por todos los pelos de sus purpuradas barbas; los príncipes de Sicilia desaparecieron á una en el polvo de tanto combate y los Reyes de Asia concluyeron perseguidos y acosados como perros con rabia. Mil navios se perdieron en las ondas. Y el número inmenso de los esclavos no pudo resistir á la legión de los libres. Ante un contraste así, Esquilo, profeta de la humanidad, pone una palabra en los labios de Atossa que formula y compendia maravillosamente la causa transcendental de aquella victoria obtenida por los pocos sobre los muchos, pues los pocos eran libres, y solamente los libres son hombres.

La descripción que da el mensajero de las victorias obtenidas por los griegos en Salamina demuestra y confirma la sentencia que se deduce de todas cuantas palabras dice Atossa. Sobre la fuerza de aquellos ejércitos innumerables y sobre la majestad sacra de aquellos reyes soberbios, se levanta la idea, sí, la idea de patria, la idea de libertad, la idea de República, vencedoras de todos los mecanismos antiguos, rompiendo el cetro de la fatalidad sobre la frente de los ídolos. Y esta idea se revela principalmente bajo la forma de arte. Y, en efecto, los pilotos griegos parecen estatuas; las legiones colocadas en cada nave grupos debidos al buril, como las esculturas de sus templos; el viento que llena las olas, soplos de ideas; el cielo que los cubre y las aguas que hierven bajo sus quillas parecen animarse al éter y al calor de un espíritu. Antes de requerir las armas requieren la poesía, y cuando ya se acercan al enemigo y ven cerca la muerte, los remos se alzan y caen como á la cadencia de una música, y sacro himno elevado al son de las trompetas convierte á todo el ejército en inmenso coro, el cual inflama los ánimos y les dice cómo no hay suerte superior á la del que muere cara á cara contra el tirano asiático por la libertad y por la patria. Siglos más tarde, cuando los reyes de la vieja Europa se congregaban contra Francia en congregación semejante á la urdida por los Reyes de Asia contra Grecia, la Marsellesa obtuvo en Valmy el cántico de la República, un triunfo semejante al obtenido por las odas griegas en Salamina y en Platea. La tragedia del gran Esquilo, después de haber pintado esta victoria de la idea sobre la fuerza, no se desdena de contar, bien realísticamente por cierto, la persecución á los persas rotos por los griegos vencedores, quienes acabán sus enemigos á remazos como el pescador acaba con los atunes que han entrado en sus redes y laten y saltan bajo sus barcas. Jamás en un sólo día murieran sobre la tierra tanta gente. Un siglo no se lleva en su curso los mortales que se llevaron aquellas horas del infortunio persa. Así Xerxes, puesto sobre una colina desde cuya cumbre observa todo el ejército, viéndolo caer como espigas á la hoz, como robles al huracán, desgarrar sus regias vestiduras y lanza un sollozo que parece como un sollozo de toda el Asia. No pueden referirse las tristezas de los sobrevivientes que han quedado esparcidos por las aguas, como si fueran restos de un naufragio, y los dolores de aquellos que han debido por la extremidad de la isla Eubea, por los llanos de la Tesalia meridional, por las riberas del

Axio que riega Macedonia, por Tracia y sus desiertos, ganar los territorios del imperio, dudando, al verse tan afligidos y acosados y hambrientos en aquella retirada inacabable, si realmente quedaban para los persas dioses en el cielo y fuerzas en la tierra. Como veis esta lucha de los republicanos griegos con las monarquías asiáticas se parece mucho á la titánica lucha de los revolucionarios franceses con las monarquías europeas.

Con mucha dificultad pueden buscarse las vías de los fluidos, con mucha dificultad las vías de los pensamientos. Quienes quieran enlazar las causas con los efectos en crisis de tanta importancia para el género humano, como la revolución francesa, no deben apartar un momento la inteligencia de los anales clásicos. Leed los discursos más altos y magistrales de aquella revolución, parecen ecos del romano Foro y de la inmortal Agora. Los ilustres nombres de Graco, de Catilina, de César, suenan entonces como los nombres franceses más populares. «Del puñado de polvo, recogido por Graco en el monte de las Furias, al morir, y lanzado al cielo, brotó Mario, no tan grande por haber vencido á los cimbrios, como por haber salvado la República.» Decía un gran orador.—«General, decía otro, si vos queréis ser César, yo quiero ser Bruto.» A cada paso del tiempo, á cada obra del espíritu, á cada escena de la revolución, surgen Grecia y Roma, como surgen á su vez en el teatro, donde solamente se ven reminiscencias clásicas, y surgen al par en la prensa, donde todos aquellos grandes maestros de la invectiva, de la ironía, del sarcasmo, aprenden á expresar sus iras en Tácito, en Juvenal, en Aristófanes. Pero la edad clásica sirve más entonces á la forma de los discursos que á la idea. Se copian los héroes antiguos en la retórica revolucionaria; en el pensamiento se proclaman los principios evangélicos. Parécense los hombres de la revolución en sociedad á los tipos de David en pintura: ostentan las formas clásicas y guardan las ideas cristianas. Así obedecían á la literatura evangélica en el fondo de su pensamiento, á la literatura clásica en su expresión. Otros capítulos han referido un hecho, sobre cuya importancia y transcendencia no quise fijar mucho entonces mis observaciones, por parecerme ahora el momento, á esta fijación más propicio. Comenzaba el mes de Agosto en mil setecientos noventa y dos; y los reyes habían ido en su primer Domingo buscando consuelos religiosos, á su capilla, que celebraba solemne función. Según la vieja concordia del trono y del altar deberían encontrarse á las puertas del santuario fórmulas de tradición monárquica, tendiendo á la estabilidad social, en vez de fórmulas encaminadas á impeler el humano progreso y avivar el fuego de las revoluciones modernas. Pues bien, los cantores de la capilla, contagiados con el espíritu revolucionario, encontraron medio de convertirla en club como la ceremonia religiosa en manifestación jacobina. Para ello no tuvieron que cometer ningún desacato, ni que interrumpir ninguna ceremonia, ni que desviarse para cosa ninguna del rito puro, tal como lo prescribe la más pura ortodoxia. Bastóles con levantar la voz allende su normal diapason y acentuar con fuerza un secular cántico, tan religioso y tan católico, y tan rez: